

Tudinquié

De nuevo estaba a bordo. Odiaba viajar. Y para colmo a lo que más tirría le tenía era a los aviones.

—Brr... —dijo Tudinquié mientras se deslizaba despacio por una vena del brazo izquierdo hacia el corazón.— Seguro que este maldito Lobijú también anda por aquí. Siento su olor en la sangre. Apesta... El muy hijo de puta. —Avanzaba poco a poco poniendo verde a su enemigo. Una vez que se quedó sin palabras añadió—: La madre que lo parió. —Al pronunciar esto se detuvo.— Por cierto... ¿Sabe alguien si los sentimientos tenemos una madre? —Como vio que nadie le contestaba (¿quién iba a hacerlo?) decidió seguir y se dejó llevar por la corriente que chorreaba a su alrededor pero sin dejar de pensar.

Sabía que su amigo Morte no la acompañaba. Tenía que cumplir sola con la tarea que le había tocado: dar miedo. Estaba segura de que el siempre alegre Lobijú se lo pondría más que difícil. Tendría que dar el do de pecho para vencerlo y salirse con la suya.

—Hijo de puta —volvió a decir.— Gilipollas... Imbécil... —Enumeró cuantas groserías sabía para llenarse de furia hasta reventar y recobrar fuerzas.— Idiota, ma...

De repente algo la adelantó. Este algo era muy rojo, tenía una forma indefinida y andaba preguntando a todo bicho viviente: *¿Dónde demonios me habré metido?*

—Oiga, usté... —Se dirigió a Tudinquié. Pero todo pasó tan rápido que no le dio tiempo a terminar la frase (en un abrir y cerrar de ojos, en un pis-pas, en un santiamén... ay, ¡cuantas expresiones para decir lo mismo!). Se trataba de una hemoglobina cargada de oxígeno, sin duda un tanto despistada, que se había equivocado de camino.

A Tudinquié la aparición del intruso le produjo tal sobresalto que de forma instintiva intentó alejarse del sitio con un movimiento brusco. Pero como se encontraba en un vaso sanguíneo de tamaño reducido se dio un buen tortazo. Un poco mareada siguió su camino con

cara de pocos amigos, procurando superar la crisis que le acababa de causar la humillación sufrida dado que ya no disponía de mucho tiempo para prepararse. Pasó al lado de la última bocacalle y al sentir un marcado empujón palideció. Hizo de tripas corazón y susurró con toda su rabia: *Cabrón...*

Percibió el palpitar acelerado del corazón. De repente se vio absorbido por un vacío. En vano intentó resistir. Dominado por el pánico buscaba a ciegas algo a que agarrarse.

—Hola —alcanzó oír la voz de Lobijú.

—Hola. ¿Qué tal? —respondió mecánicamente. (En la cara de su rival se divisaba una sonrisa pálida.) Estaban en el corazón y Lobijú la había adelantado.

A partir de entonces los dos se vieron envueltos en la misma lucha. Con cada latido sufrían un terremoto terrible. En los momentos de paz intercambiaban palabras y miradas que pretendían hacer daño como parte del combate. Pero ninguno de los dos logró derrotar al otro.

Tudinquié, que estaba de mala uva, trataba, cada dos por tres, de pegar a su oponente pero sus golpes no lo alcanzaban. Además éste se mantenía inmóvil con una sonrisa en el rostro, contemplando cómo su adversario se agotaba, pero sin echar las campanas al vuelo. Lo que faltaba...

Claro estaba que Lobijú también se iba cansando, pues bien se sabe que el optimismo tampoco puede con todo. Sin embargo Tudinquié sufría mucho más. Cada latido le sentaba como una jarra de agua fría. Aguantó como podía, a regañadientes, consciente de que no iba a resistir hasta el fin del mundo. Como un último intento volvió a insultar a su rival en voz apenas audible:

—¡Vete a freír espárragos! —Todo el cuerpo le temblaba, sudaba intensamente y le rechinaban los dientes. Levantó débilmente la mirada que ya reflejaba la amargura del fracaso.

—Pronto aparecerá mi amigo, Gosieso —escuchó a Lobijú, jadeante. Tudinquié, que no tenía ni un pelo de tonta, no lo dudó ni un instante. Era cierta la información que le había dado su enemigo. Justamente por eso odiaba viajar. Porque terminada la aventura siempre los esperaba Gosieso que la echaba de patitas en la calle.

Le pareció oír algo como *Está aquí...* que a lo mejor era tan sólo producto de su imaginación. Había salido del corazón, no por voluntad propia, y ahora se estaba marchando a una velocidad vertiginosa hacia los pulmones para ser eliminado en forma de suspiro.

Pepe, tras oír la voz de su madre que lo invitaba a comer, puso su avioncito de madera en el suelo, no sin antes asegurarse de haber hecho todas las maniobras necesarias.

Un sentimiento profundo de sosiego penetró en su corazón que, nada más coger el juguete, se había llenado de júbilo mezclada más tarde, al afrontar situaciones peligrosas, con inquietud. Pero nunca había llegado a sentir temor.

Se dibujó una sonrisa misteriosa en su semblante radiante y el heróico piloto dijo como si nada:

—Voy, mamá.

Seudónimo: Chirimbolo